

# Las imposturas de la historia

Reina Roffé

Blas Matamoro: *Cuerpo y poder. Variaciones sobre las imposturas reales*, Fórcola, Madrid, 2012.

Para Blas Matamoro, como para Montaigne, el ensayo es un relato «al hilo del cual se van dando temas de reflexión» que surgen de la propia deriva del pensamiento o de la misma «razón narrativa». Es algo que no se programa, «una tonalidad que se transforma en otra tonalidad por medio de la modulación». Sin embargo, *Cuerpo y poder. Variaciones sobre las imposturas reales* es un libro diseñado con una estructura tan meditada y sólida (de hecho, cada pieza ensambla en perfecta armonía con la siguiente), que parece fruto de un orden preestablecido o, bien, de esa magia propia de la creación que tiene su lógica secreta, la que despunta y compone más allá de cualquier planificación, cuando el escritor, como en el caso de Matamoro, se ve iluminado por eso que podríamos llamar el sentimiento artístico. Por algo este ensayo tiene una motivación musical. En él no se desarrolla un tema propiamente dicho. Es sólo a partir de ciertas imágenes, que impregnan el imaginario de quien escribe, cuando surge una variación que busca su tema. La primera imagen que desencadena el relato es la de Luis XVII, el Delfín francés, y su nutrido historial de impostores que quisieron sustituirlo. De este modo, aparecen asuntos de máximo interés, como es el de la identidad, y también aquellos que nos descubren aspectos soterrados de la historia y sus historiadores. Hacia el final, nos encontramos otra vez con el cuerpo, pero visto desde distintas ópticas y en su constante evolución: cuerpos limpios y sucios, vestidos y desarropados, nobles y viles, adorables y repugnantes, reales y de ficción. Luego, entrará a valorar vestimentas, afeites, pelucas, cuidados diversos relacionados con el buen ver y la salud en el varón y en la mujer, hasta desembocar en el análisis

de cuerpos que nunca hemos visto en la realidad y, sin embargo, conocemos porque están descriptos en los libros y se han transformado en mitos, incluso en iconos, como el vapuleado cuerpo de Jesucristo. Como broche, destaca el vínculo que establece el cuerpo con el poder.

Se trata de una obra soberbia por su factura y erudición, por la magnitud y el atractivo de todo lo que toca y de todo lo que revela, y en la que interviene, de manera permanente, la relectura e interpretación curiosa, hasta atrevida y seductora que el autor hace de lo que han dicho y escrito desde los griegos a grandes pensadores, biólogos y poetas de los últimos siglos. En el tramo final, participan Eliade, Diderot, Octavio Paz, Sartre, Paul Valéry, Descartes, Spinoza y Claude Bernard, entre otros, que dan punto de apoyo a las lúcidas deducciones de Matamoro sobre las bondades y miserias del cuerpo.

Desde *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*, pasando por *Puesto fronterizo* y *Novela familiar*, la escritura del autor argentino crece, se afina, restalla en su meditación o intuición del mundo, en su búsqueda incesante de aquellos elementos que son señales luminosas sobre el ser, el lenguaje, el inconsciente y el universo. En *Cuerpo y poder* hace hincapié en las imposturas de ciertos personajes poderosos y en las imposturas de la propia historia, mostrándonos las carencias, los artificios, las llagas, las consecuencias del disfraz. Al descorrer el velo, la historia queda en carne viva. Cada cuestión que aborda, tiene su inmediata resonancia. Cuando nos habla del pasado, el lector lee el presente. Cómo surge el nacionalismo, qué es, por qué lo seguimos padeciendo. Lee el conflicto entre revolución e historia desde la óptica de distintos filósofos como Rousseau o Hegel. Nos muestra la inestabilidad del pasado, señala la herencia jacobina, lo que abre y clausura la revolución francesa. En un constante vaivén de tiempos, nos cruzamos con la crisis económica actual, la que comienza en 2007. Matamoro destapa la caja de Pandora, «de la cual surgen todos los males y, por lo mismo, todas las réplicas del bien». Entre tanto, la vida se presenta como teatro. En su proscenio, vemos desfilar la herencia napoleónica: el bonapartismo que conlleva un elemento emotivo siempre engañoso. El autor nos hace ver que la emoción y el sentimiento no sirven en la política, porque es algo

que estalla y se apaga. Habla de Napoleón, pero también de otros líderes y escenarios adolecidos de populismo, que «no concibe el conjunto de los gobernados como una sociedad sino como un pueblo». Un pueblo que debe ser guiado por ese conductor «que se ama y se sigue» y a cuyo paso la gente se abraza y llora, como ocurrió con Perón en vida y en muerte. De ahí que Matamoro, con una frase redonda y lacerante, advierta: «Si el pasado no se inhuma, condena a la historia a ser un interminable velatorio. Y si el finado no es tal, sino un cataléptico, entonces ¿qué hacemos con el muerto viviente?»

Nacionalismos, populismos, revolucionarismos impregnan doctrinariamente el suelo resbaladizo de los tiempos. En sus deslizamientos, Matamoro presenta una colección de impostores y un apartado excepcional: «El mono memorioso», donde entra de lleno en el desglose de lo que significa historiar y qué es un historiador. Su relato se enriquece con analogías musicales y literarias, con los aportes de Homero y Aristóteles. Proporciona abundantes ejemplos para distinguir al historiador del poeta. Es decir, de aquél «que se ocupa de lo ocurrido de quien se ocupa de lo que pudo ocurrir», fija los límites entre la historia y la ficción y, asimismo, nos ilustra sobre aquello que, desde Aristóteles, historiadores y poetas se preguntan sin obtener respuesta satisfactoria: «¿Era necesario que ocurriera lo que finalmente, necesariamente ocurrió?»

La historia, que para Matamoro es «un sistema de amnesias con unas contadísimas islas de memoria», emerge como un cuento de nunca acabar y está bien que así sea, porque el cuento pone orden «y del orden nace la teoría, que es la dicha de su contemplación». El ensayista contempla el objeto de su análisis y busca respuestas para entender las calamidades del mundo; de sus profundos y brillantes acercamientos al objeto estudiado, llega la terrible conclusión: «la historia no se crea ni se liquida, lo mismo que el universo, sino que se reitera».

Pero *Cuerpo y poder* no se queda ahí, porque nada concluye, todo recomienza y enlaza. Mientras se examina una tonalidad, el autor templea otras cuerdas del conocimiento y del arte de escribir: mitología, narración, metafísica, política; qué es la memoria y lo memorable; cómo surge la epopeya y a qué llamamos verosimilitud. Múltiples asociaciones despliegan un amplio abanico que nos

refresca lo aprendido, que nos hace recaer en lo ignorado. Por eso, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que esta obra es un tesoro para la inteligencia. Todo se reformula y se pone en cuestión de una manera amena y directa, como si el autor estuviese escribiendo sus memorias personales de lo leído y asimilado en su espléndido viaje intelectual, ahora que ha llegado a esa etapa de la vida en la que es posible exponer con plenitud, con sabia ironía, las reflexiones del camino. Para el escritor Blas Matamoro, que posiblemente merecería haber sido también músico, el ensayo es el equivalente letrado de la rapsodia. Este libro lo es, en él escuchamos música ©